
LUIS VALLS TABERNER

Libertad, esa gran señora

«Si tuviera que intervenir en un mitin político, mi bandera sería la de la libertad», escribe Luis Valls Taberner y seguidamente explica por qué.

Me pide el director que aporte mi grano de arena escribiendo algo factible y tranquilizante sobre la situación actual.

Hasta hace poco, conocía los Estados Unidos de América por las películas y los libros. Muchas cosas pueden ser representativas de aquel pueblo; pero hay dos que son constantes a lo largo de sus doscientos años de existencia: el amor al riesgo y el amor a la libertad.

Después de años de lucha por conseguir grados superiores de libertad en su vida social y en su vida privada, los americanos levantaron una estatua a la libertad —por pedagogía más que por culto— en el lugar entonces más visible para los visitantes y emigrantes que llegaban a su suelo patrio. El monumento a la entrada de Nueva York, como método educativo, es un acierto.

Si ahora, en una cena, me encontrara en el compromiso de tener que pronunciar un brindis, levantaría mi copa por la amabilidad y por la libertad. Y si tuviera que intervenir en un mitin político, mi bandera sería la de la libertad.

Nosotros no somos un país importante en el concierto mundial, aunque lo hayamos sido. Nosotros no somos —no está dentro de nuestras características— un país disciplinado, cívico y trabajador; y es poco probable que lo seamos en breve porque nada de esto se improvisa.

Vivir en libertad

En contraste con lo anterior, nosotros sí hemos sido y podemos ser un pueblo libre y amable. El español, fuera de su casa, se comporta siempre con afabilidad. Y para poder sentirnos más libres, mucho pueden hacer des-

de el «Boletín Oficial del Estado» quienes disponan de forma autorizada para las inserciones gratuitas, es decir, las que no requieren previo pago.

Yo no voy a entrar en la polémica de en qué medida y en qué temas es bueno el consenso o la «concertación» como sistema de gobernar una nación. Pero nunca podrá ser malo el censo cuando por medio del acuerdo se trate de conseguir algo tan noble y legítimo como es el derecho a vivir en libertad y la obligación de dejar vivir en paz a los demás, a dejarles también vivir en libertad.

Oyando muy errado o las izquierdas no marxistas están mucho más por la libertad que algunas derechas. O mucho me equivoco o todos los políticos estarán de acuerdo (salvo los extremistas) en que la «obligación de...» o la «prohibición de...» sólo debería figurar en una lista muy restrictiva de temas, que fundamentalmente —aunque sean de tono menor— son los que afectan a la convivencia diaria: mi libertad está regulada para hacer posible la libertad de los demás.

A fuer de sincero, he de decir que no entiendo por qué no se nos devuelven de golpe todas las libertades, que estimularían mucho la actividad empresarial y que en la práctica afectarían poca a los intereses creados por la obligatoriedad. Nos recordaba hace pocos días José María Aguirre, con razón, que sólo cuando a uno se le permite decir no, se es verdaderamente libre.

Si yo tuviera que corregir los proyectos y órdenes ministeriales, es probable que me limitara a cambiar sólo los modos de los verbos. Sustituiría muchas veces el imperativo por el optativo. Es un error pensar que el «Boletín Oficial del Estado» es más ef-

caz obligando que con fórmulas alternativas e indicativas.

No me sorprendería que pudiéramos levantar —en breve y por suscripción pública— una estatua a la libertad. Sería suficiente que los partidos políticos —los grandes, los fuertes y los regionales— fuesen capaces de decir sí al mundo de las libertades.

Esfuerzo por convencer

Estoy seguro que a nadie del interior le molesta que vivamos en paz y en libertad. Lo que preocupa a unos e indigna a otros es que nuestra libertad pueda llegar a depender de la arbitrariedad o de los caprichos de quienes tienen firma delegada en el «Boletín».

La gracia de ese método de gobierno que es la democracia es que los gobernantes y opositores tienen que hacer un permanente esfuerzo por convencer. Que el menos malo de los sistemas de gobernar no es suficiente, a la vista está: los responsables del sistema no han logrado por ahora resolver nuestros problemas generales. Pero no se puede «producir el error de confundir un sistema con unos gobernantes escasamente impregnados de él o con unos diputados en estadio de aprendizaje». Que el sistema de convencer en lugar de vencer es mejor globalmente y a largo plazo, es algo que parece estar en la cabeza y en el corazón de la mayoría.

Desde un punto de vista plástico, la libertad está representada en Nueva York por una mujer. Es una gran señora la estatua que allí da la bienvenida. Si aquí cediéramos el «Boletín Oficial» a las mujeres, ¿serían capaces de llevarnos con rapidez a esa libertad que no nos permite llevar a la práctica el tirano que los varones llevamos dentro?